

LIBRO QUINCE.

Discordia en el consejo de ministros. — Dispónese un campamento de veinte mil hombres en las inmediaciones de París. — Niegase el rey de nuevo a sancionar el decreto contra los sacerdotes. — Destitución de Roland, de Claviere, y de Servan. — Roland lee en la Asamblea su carta confidencial al rey. — El rey se niega definitivamente a sancionar el decreto contra el clero. — Grupos del arrabal de San Antonio. — Dumouriez da su dimisión. — Nuevo ministerio formado el diez y siete de junio. — Salida de Dumouriez para el ejército. — Su despedida del rey. — La casa de madama Roland es el centro del partido girondino. — Conspírase allí para la supresion de la monarquía. — Barbaroux. — Buzot, amigo de madama Roland. — Danton. — Su nacimiento. — Su retrato. — Hostilidades en Bélgica. — Reveses. — Causas de estos. — Generales. — Consternacion de París. — Estado de la Francia.

Mientras la inminencia de una guerra á muerte, agitaba al pueblo y amenazaba al rey, la discordia seguía reinando en el consejo de ministros. Dumouriez acusaba á Servan de obedecer con un servilismo mas semejante al amor que á la condescendencia, las insinuaciones de madama Roland y de hacer fracasar el plan de invasion en Bélgica. Los amigos de madama Roland amenazaban por su parte á Dumouriez con hacerle dar cuentas en la Asamblea del destino, sospechoso para ellos, de los seis millones que para gastos secretos se le habían concedi-

do. Guadet y Vergniaud tenían ya preparados sus discursos, y un proyecto de decreto para que se le exigiese cuenta de aquella suma. Dumouriez que con este oro había comprado muchos amigos y cómplices entre los jacobinos y los fuldenses, aparentó una gran indignacion al ver las sospechas que de él se tenían, y so pretesto del ultraje que se hacia á su honor, se negó terminantemente á dar cuentas y amenazó con dar su dimision. Al oír esto un número considerable de fuldenses y de jacobinos, entre los cuales estaba el mismo Petion, fueron á casa del ministro agraviado, á instarle para que no abandonase su puesto. Dumouriez consintió en ello, pero con condicion de que se le dejase disponer de estos fondos, teniendo absoluta confianza en su conciencia. Intimidados los girondinos al ver que aquel hombre pensaba en retirarse, y conociendo que necesitaban de la firmeza de su carácter, renunciaron á proponer el decreto que tenían preparado y le dieron un voto de confianza. El pueblo le victoreó al salir de la Asamblea, y estos aplausos resonaron dolorosamente en el conciliábulo de madama Roland. Esta estaba envidiosa de la popularidad de Dumouriez, porque segun su modo de ver no era la que da la virtud, que era la que ella queria esclusivamente para su marido y para todo el partido. Roland y sus colegas girondinos, Servan, y Claviere, redoblaban sus esfuerzos, ejercian violencias sobre el ánimo del rey, y no escaseaban denuncias para conquistarla. Su táctica resultando mas bien de la debilidad que de la ambicion, consistia en adular á la Asamblea, agasajar al pueblo, irritar á los jacobinos contra la corte, asediar al rey exigiéndole imperiosamente unos sacrificios que sabían le eran imposibles, denunciarle á la opinion como causa de todos los males y obstáculo á todos los bienes, hasta obligarle finalmente, á fuerza de insolencias y de ultrajes, á que los depusiese para tener con esta medida un pretesto de hacer ver que era traidor á la revolucion.

Este sistema de denigrar á un rey de quien eran ministros, era el fondo de la conjuracion de madama Roland, con la diferencia de que aquel hombre obraba de esta suerte, movido por su carácter áspero y disgustado y sus colegas lo hacian movidos por una rivalidad de patriotismo con Robespierre. Los sentimientos de madama Roland y de su marido, consistian en una pasión por la república, que no podia mirar con paciencia la sombra de trono que quedaba aun y que miraba con complacencia las facciones dispuestas á trastornar la monarquía. Cuando estas carecian de armas, madama Roland y sus amigos se apresuraban á prestárselas.

II.

Vióse un fatal ejemplo de esto en una medida tomada por Servan, ministro de la Guerra. Dominado este por madama Roland, propuso á la Asamblea nacional, sin la autorizacion del rey y sin la aprobacion del consejo, la formacion de un campo de veinte mil hombres en los alrededores de París. Este ejército compuesto de federados escogidos entre los sujetos mas exaltados de las provincias, debia ser, segun el plan de los girondinos, una especie de ejército central, que enteramente á la obediencia de la Asamblea, fuese un contrapeso á la guardia del rey, comprimiendose la nacional, y recordandose aquel ejército del parlamento, que mandado por Cromwell, habia conducido á Carlos I al cadalso. La Asamblea, á escepcion del partido constitucional, se apoderó de esta idea, como se apodera el odio del arma que la casualidad ofrece á su vista.

El rey sintió el golpe, Dumouriez comprendió la perfidia y no pudo contener su ira contra Servan cuando se reunieron en el consejo. Las reconvençiones que le diri-

gió fueron las de un leal defensor de su rey, y la respuesta de Servan, asaz insultante, aunque evasiva. Los dos ministros echaron mano á la espada, y á no ser por la presencia del rey y por la mediacion de sus compañeros, la sangre hubiese corrido allí mismo.

El rey queria negar su sancion al decreto de la formacion del campamento de que vamos tratando, pero Dumouriez le dijo: «Es ya demasiado tarde; vuestra negativa no serviria sino para poner de manifiesto unos temores harto fundados, pero que es preciso cuidar de que no sean conocidos de vuestros enemigos. Sancionad el decreto, que yo me encargo de neutralizar el peligro de esta reunion de fuerzas.» El rey pidió que se le diese tiempo para reflexionar.

Los girondinos le intimidaron al dia siguiente que diese su sancion al decreto contra los sacerdotes no juramentados, pero hallaron un fuerte obstáculo á su proyecto en la conciencia religiosa de Luis XVI. Este príncipe, apoyado en su fé, declaró que consentiria morir antes que firmar la persecucion de la iglesia. Dumouriez insistió tanto como los girondinos por obtener aquella sancion; pero el rey se mantuvo inflexible. De nada sirvió que Dumouriez le hiciese presente que si se negaba á adoptar medidas legales contra el clero no juramentado, esponia á los sacerdotes á ser asesinados haciéndose responsable con esto de la sangre que se derramase. En vano le representó que aquella negativa haria perder su popularidad al ministerio, y le quitaria toda esperanza de salvar la monarquía. Vano fué tambien que se dirigiese á la reina, y que escitando en ella todos los sentimientos de madre, tratase de hacer que se uniese á los ministros para inclinar su ánimo á acceder á lo que de el rey se exigia. La reina luchó tambien algun tiempo sin poder obtener nada hasta que al fin este empezó el rey á titubear y citó á Dumouriez para que se viesen secretamente aquella misma noche.

En esta conferencia mandó el rey á Dumouriez que le propusiese tres ministros para reemplazar á Roland, á Clavière, y á Servan. Dumouriez, que estaba preparado para este caso posible, propuso para el ministerio de Hacienda á Vergennes, á Naillac para el de Negocios Extranjeros y á Mourgues para el de lo Interior, reservándose él el de la Guerra, ministerio equivalente á la dictadura en una ocasión en que la Francia se convertía en un ejército. Roland, Clavière y Servan, profundamente irritados por un suceso que ellos mismos habían provocado sin saberlo preveer, acudieron á la Asamblea á manifestar sus quejas y á acusar al rey. Recibiéronseles como á unos mártires del patriotismo. Ellos por su parte, habían cuidado de atestar las tribunas de partidarios suyos.

III.

Los ministros caídos asistieron á la sesión de la Asamblea so pretexto de darla cuenta de los motivos de su deposición. Roland leyó entonces la famosa carta confidencial de que ya hemos hablado, y que también hemos dicho que se la había leído al rey en su gabinete. Este hombre fingió creer que la deposición de los ministros era en castigo de su valor. Los consejos que daba al rey en aquella carta se convirtieron de este modo en objeto de acusación contra el desdichado príncipe. Jamás habían dado los facciosos un golpe tan terrible al rey, como el que le daba su ex-ministro. Las pasiones ciegan el ánimo del pueblo, y hay ciertos días en que la perfidia pasa por heroísmo, razón por la cual los girondinos tuvieron á Roland por un héroe en aquella ocasión. Mandóse imprimir la carta fatal, para que fuese remitida á los ochenta y cuatro departamentos.

Roland fué aplaudido al salir de la Asamblea, y

Dumouriez silbado en cuanto se presentó en ella. Subió, sin embargo, sereno á la tribuna, en donde conservó toda la sangre fría de un militar en el campo de batalla. Empezó por anunciar á la Asamblea la muerte del general Gouyon. «Dichoso de él, dijo con tristeza, por haber muerto peleando contra el enemigo, y por no tener que ser testigo de las discordias que nos despedazan. Yo envidio su muerte.» Percibiase en su acento la serenidad energética de un alma fuerte, resuelta á luchar contra las facciones hasta perecer. En seguida leyó una memoria sobre el ministerio de la Guerra en cuya exordio agresivo para los jacobinos, se reclamaba el respeto debido á los ministros del poder ejecutivo. «¡Oís al nuevo Cromwell! exclamó Guadet con una voz de trueno; se cree ya tan seguro del imperio que se atreve á imponernos sus consejos.» «Y por qué no? contestó Dumouriez con orgullo y volviéndose hacia la Montaña. Su seguridad impuso á la Asamblea y su actitud militar le hizo respetar del pueblo. Los diputados, fuldenses salieron con él y le acompañaron á las Tullerías. El rey le dijo que consentiría en dar su sanción al decreto para la formación del campo militar, pero en cuanto al concerniente á los sacerdotes repitió á los ministros que había adoptado definitivamente su partido y les encargó que llevasen al presidente de la Asamblea una carta escrita toda de su puño, en la que manifestaba los motivos de su voto. Los ministros le saludaron y se separaron consternados.

IV. Cuando Dumouriez volvió á su casa, supo que empezaban á formarse grupos en el arrabal de San Antonio, é inmediatamente fué á dar cuenta al rey de esta novedad, pero el príncipe creyendo que se trataba de asus-

tarle, perdió la confianza que tenía en Dumouriez. Este presentó su dimisión, que fué aceptada inmediatamente. Encargóse entonces de la cartera de Negocios Estrangeros á Chambonas y de la de la Guerra á Lajard, partidario de La Fayette; la de lo Interior fué confiada á Mr. de Monciel, constitucional fuldense y amigo del rey. Esto acaeció el 17 de junio; los jacobinos y el pueblo, guiados por los girondinos, agitaban ya la capital y todo anunciaba la proximidad de una insurrección. Aquellos ministros sin fuerza armada, sin popularidad y sin partido, aceptaban así la responsabilidad de los peligros acumulados por sus predecesores. El rey vió por última vez á Dumouriez, y la despedida del monarca y su ministro fué muy tierna.

«Con que os vais al ejército? dijo el rey. «Si, señor, respondió Dumouriez. Sería una delicia para mí abandonar esta horrorosa ciudad, sino me fuese con el sentimiento de los peligros que corre V. M. Escuchadme señor, yo no he de volver ya á veros. Tengo cincuenta y tres años y mucha esperiencia, y no puedo separarme de vos sin deciros que se abusa de vuestra conciencia respecto al decreto contra los sacerdotes no juramentados, y que se os conduce á la guerra civil. Vos estáis sin fuerza, por lo cual tendréis que sucumbir, y la historia, al mismo tiempo que os compadecerá, os acusará de las desgracias de vuestro pueblo.»

El rey estaba sentado al lado de la mesa en donde acababa de firmar las cuentas del general. Dumouriez se hallaba á su inmediación con las manos cruzadas. El rey se las cogió y le dijo con voz conmovida, aunque resignada. «Dios es testigo de que yo no pienso más que en la felicidad de la Francia.» «No lo dudo, contestó Dumouriez enternecido, pero vos debéis dar cuenta á Dios, no solo de la fuerza, sino del uso ilustrado de vuestras intenciones. Vos creis salvar la religion y lo que habéis es destruirla. Los sacerdotes serán asesinados. Os quitarán

la corona, y quizás vos, la reina y vuestros hijos.....» No pudo acabar la frase porque el rey le tapó la boca derramando abundantes lágrimas. «Aguardo la muerte, le dijo con tristeza, y desde ahora se la perdono á mis enemigos. Os agradezco vuestra sensibilidad. Me habeis servido bien y os aprecio. Adios. Sed mas dichoso que yo.»

Después que Luis XVI hubo dicho estas palabras fué á esconderse en el hueco de una ventana que estaba en el fondo del cuarto, para ocultar mejor la turbación de su rostro. Dumouriez no volvió ya á verle. Al salir de allí fué á pasar algunos dias retirado en uno de los barrios mas solitarios de Paris. Mirando el ejército como el unico asilo en que un ciudadano podia servir aun á su patria, salió para Douai, en cuyo punto se hallaba el cuartel general de Luckner.

Los ministros girondinos quedaron por un momento aterrados entre la humillación de su caída y el gozo de su próxima venganza. «Héme aqui despachado, dijo Roland á su muger al entrar en su casa, no siento mas sino que nuestra lentitud nos ha privado de tomar la iniciativa.» Madama Roland se fué á vivir á una modesta habitación sin perder nada de su influencia y sin echar de menos el poder, puesto que llevaba consigo su genio, su patriotismo y sus amigos. La conjuración no hizo sino mudar de casa, y desde el ministerio de lo Interior pasar en masa al gabinetito en donde ella reunia é inspiraba á otros su pasión.

Este círculo se agrandaba todos los dias. La atracción de aquella muger se confundía en el corazón de sus amigos con la atracción de la libertad, y adoraban en ella la

futura república. El amor que aquellos jóvenes la tenían sin confesárselo, formaba parte de su política sin que ellos mismos lo supiesen. Las ideas no se hacen activas y poderosas sino cuando el sentimiento las vivifica. Esta mujer era el sentimiento de su partido.

Reclutó este por entonces un hombre extraño á la Gironda, pero á quien su juventud, su rara belleza y su energía debían lanzar naturalmente en aquella facción de la ilusión y del amor, que estaba dirigida por una mujer. Llamábase este jóven Barbaroux y no tenía entonces sino veinte y seis años.

Era hijo de Marsella y pertenecía á una de aquellas familias de marinos que tanto en sus costumbres como en su fisonomía conservan siempre algo de la osadía de su vida y de la agitación de su elemento. La elegancia de su talle y las gracias de su rostro recordaban las formas que adoraba la antigüedad en sus estatuas. La sangre de aquella Grecia Asiática, de que Marsella es una colonia, se revelaba en la pureza del perfil del jóven marsellés. Dotado este con tanta profusion de los dones de la inteligencia como de prendas corporales, se ejercitó desde muy niño en el uso de la palabra, lujo de los hombres del Mediodía. Se recibió abogado y defendió con talento varias causas, pero el poder y la sinceridad de su alma repugnaban aquella elocuencia muchas veces mercenaria, que se ve obligada á fingir pasiones que no tiene. Era preciso á este hombre defender aquellas causas nacionales, á las cuales da uno además de la palabra, su alma y su vida. La revolucion en que había nacido se las ofrecía abundantemente, y él esperaba con impaciente ansiedad la ocasión y el momento de servirla.

Su adolescencia le mantenía aun distante de la escena donde ardia por lanzarse. Pasaba su vida en una posesion de su familia, inmediata al pueblo de Ollioules, en donde se entretenía en cultivar las flores que la aridez del suelo y el ardor del sol hacen que se necesite mucho

cuidado para obtener alguna que otra. En los ratos desocupados se dedicaba al estudio de las ciencias naturales, manteniendo correspondencia con dos suizos, cuyos sistemas de física ocupaban entonces al mundo sábio: llamábanse estos Mr. de Saussure y Marat. Pero la ciencia no era suficiente para aquella alma, y Barbaroux exhalaba sus sentimientos en poesías elegiacas, ardientes como el Mediodía, vagas como el horizonte que tenía á su vista. En ellas se nota aquella melancolía meridional cuya languidez es mas semejante al delirio que á la debilidad, y que tanto se parece á los cánticos del hombre sentado al sol, antes ó despues del trabajo. De este modo había empezado Mirabeau su vida. Los genios mas energicos empiezan muchas veces por la tristeza como si tuviesen en el germen de su vida los presentimientos de su áspero destino. Cuando se leen los versos de aquel jóven parece que á través de sus primeras lágrimas, entreveia ya sus faltas, la espacion de ellas y el cadalso.

Despues de la eleccion de Mirabeau y de las agitaciones que á ella se siguieron fué nombrado Barbaroux secretario del ayuntamiento de Marsella. En los alborotos de Aviñon tomó las armas y marchó á la cabeza de los jóvenes marselleses contra los dominadores del condado. Su figura marcial, su aire y su voz le hacian ser gefe en todas partes, porque á todos encantaba con su presencia. Comisionado para ir á Paris á dar cuenta de los acontecimientos del Mediodía á la Asamblea nacional, los girondinos Vergniaud y Guadet, que querian conceder una amnistia á los crímenes de Aviñon, trataron de atraerse aquel jóven á su partido. Fogoso éste, como era natural en su edad, no justificaba á los verdugos de Aviñon, pe-

ro detestaba á las víctimas, por cuya razon era precisamente el hombre que necesitaban los girondinos. Admirados de su elocuencia y de su entusiasmo le presentaron á madama Roland. Ninguna muger era mas á propósito para seducir, ni tampoco era fácil hallar otro hombre mas á propósito para ser seducido. Madama Roland, que se hallaba entonces en todo el brillo de su belleza y en toda la emoción de sensibilidad que la pureza de su vida no era suficiente á sofocar en su corazon vacío, habla de Barbaroux con el mayor enternecimiento. «He leído, dice, unas cartas de Barbaroux en el gabinete de mi marido, en las que hallo una razon y una sabiduría prematuras. Cuando lo ví quedé admirada, y muy pronto se hizo amigo de mi marido, aunque no le vimos con frecuencia hasta despues de nuestra salida del ministerio. Entonces fué cuando hablando del mal estado de las cosas y del temor del triunfo del despotismo en el Norte de Francia, formamos el proyecto de establecer una república en el Mediodía. Esto seria lo peor que podia sucedernos, me decia Barbaroux sonriéndose, pero los marseleses que han venido aqui nos evitarán llegar hasta este estremo.»

— *... el ... y ... VII. ... el ...*
 Roland vivia entonces en una casa oscura de la calle de Santiago, casi destechada, verdadero retiro de un filósofo, é iluminada, sin embargo, por aquella muger tan particular. Presente ésta á todas las conversaciones de su marido, asistia á las que tenia con el jóven marselés. Este refiere de la manera siguiente la escena en que nació entre ellos la primera idea de república: «Aquella muger sorprendente, dice, estaba con nosotros. Roland me preguntó mi modo de pensar sobre los medios que habria para salvar la Francia, y yo me franqueé con él.

Esta confianza escitó la suya. La libertad está perdida, dijo, si no se burlan cuanto antes todas las intrigas de la corte. La Fayette medita una traicion en el Norte, y el ejército del centro está desorganizado por sistema. Dentro de seis semanas los austriacos estarán en Paris, y nosotros no habremos trabajado durante tantos años en la mas hermosa de las revoluciones sino para verla caer en solo un día. Si la libertad perece en Francia, perece para siempre en todo el resto del mundo. Todas las esperanzas de la filosofia quedarán burladas con este golpe fatal. Las preocupaciones y la tiranía volverán á apoderarse de la tierra. ¡Prevenamos esta desgracia, y si el Norte es avasallado llevemos la libertad al Mediodía y fundemos allí, en cualquier parte, una colonia de hombres libres! Su muger lloraba al oír estas palabras. Yo lloraba tambien al mirarle. ¡Oh, cómo se dilataban nuestras almas entristecidas con aquellas mútuas confianzas! Yo le hice una pintura rápida de los recursos y de las esperanzas que aun le quedaban á la libertad en el Mediodía. Una dulce alegría se esparció por el rostro de Roland; me estrechó la mano, y ambos trazamos en un mapa de Francia los límites de aquel imperio de la libertad; estendianse estos desde el Doubs y el Ain hasta el Dordoña, y desde las montañas inaccesibles de la Auvernia hasta el Durance y hasta el mar. Entonces escribí una carta que me dió Roland, pidiendo á Marsella un batallon y dos piezas de artilleria. Convenidas estas bases me separé de Roland penetrado de respeto hácia él y su muger. En la época de su segundo ministerio he vuelto á verlos, tan sencillos como en su humilde retiro. Entre todos los modernos, me parece que Roland es el hombre que mas se aproxima á Caton, pero tambien hay que confesar que su valor y sus talentos son debidos casi esclusivamente á su muger.»

De esta manera tuvo origen el pensamiento de una república federativa en la primera entrevista de Barba-

roux con madama Roland. Lo que ellos soñaban entonces como una medida desesperada para salvar la libertad, se les vino á la mano al poco tiempo de haberlo tramado como un complot. Aquel primer suspiro de patriotismo de dos almas que se encontraban y se adivinaban mutuamente, fué el atractivo que las unió, y al mismo tiempo fué tambien su crimen.

VIII.

Libres los girondinos desde aquel dia de todo compromiso con el rey y con los ministros, conspiraron secreta y públicamente, ya en casa de madama Roland, ya en la tribuna, para derribar la monarquía. Parecía que envidiaban á los jacobinos el honor de dar al trono los golpes mas mortales. Robespierre no hablaba aun sino en nombre de la Constitucion, y encerrándose dentro de la ley, no se adelantaba al pueblo. Los girondinos hablabán ya de república, y con la mitad y con la accion daban á entender la proximidad de un golpe de Estado en sentido republicano. Los concillabulos de casa de Roland eran mas frecuentes, duraban mucho mas, y cada dia se aumentaba el número de los que á ellos asistían. Eran los principales Roland, Brissot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Condorcet, Petion, Lanthenas (que les vendió en el momento del peligro), Valacé y Pache, que persiguió y diezmo á sus amigos. Grangeneuve y Louvet, que ócnataba una gran energía bajo la lijereza de sus costumbres y de una jovialidad habitual, Chamfort, hombre desengañado y sin fé en el pueblo antes de haberle servido, Carra, periodista popular, entusiasta por la republica, Chenier, poeta de la revolucion, destinado á sobrevivirla y que la adoró hasta su muerte, acaecida en medio de la tiranía del imperio, Dusauls, que bajo

sus canas tenia todo el entusiasmo filosófico de la juventud, y al que puede llamarse el Nestor de aquella reunion, y finalmente, Mercier, que de todo se reía, hasta del calabozo y la muerte.

IX.

Pero entre todos aquellos hombres á quienes la pasion revolucionaria reunia en casa de madama Roland, el preferido de ella era Buzot. Mas adicto Buzot á aquella jóven que á su partido, era para ella un amigo, al paso que no veia en los demas sino unos instrumentos ó cómplices suyos. Aquella muger no habia tardado en formar un juicio exacto de Barbaroux, juicio en el que se descubria cierta amargura que era una especie de arrepentimiento del favor que le habia dispensado en un principio. Acusase madama Roland de que le hubiese parecido tan hermoso aquel jóven, y parece que trata de fortalecer su corazon contra el encanto de sus miradas. «Barbaroux, dice, es de caracter ligero, y las adoraciones que las mugeres disipadas le prodigan perjudican á la gravedad de sus sentimientos. Cuando yo veo á ciertos jóvenes, ébrios de la impresion que causan, tales como Barbaroux y Herault de Sechelles, no puedo desechár la idea de que se adoran demasiado á sí mismos para adorar suficientemente á la patria.»

Si se pudiese levantar el velo del corazon de aquella muger virtuosa, que no se atrevía á levantarle sino por sí misma por no descubrir en él un sentimiento contrario á sus deberes, nos convenceriamos de que su inclinacion insintiva no habia sido de un instante respecto á Barbaroux, y de que su ternura era exclusivamente de Buzot. No es dado ni al deber ni á la libertad posesionarse completamente del alma de una muger tan bella y apasionada

como aquella. El deber hiela el corazón, la política le engaña, la virtud le refrena y el amor lo llena. Madama Roland amaba á Buzot, y éste la adoraba como á su inspiracion y á su idolo. Quizá no se confesaron jamás uno á otro un sentimiento que no hubiese sido tan sagrado para ellos desde el día en que hubiera sido culpable, pero lo que tanto se ocultaban á sí mismos lo han revelado involuntariamente al tiempo de morir. Se nota en los últimos días y en las últimas horas de aquel hombre y de aquella muger unos suspiros, unas acciones y unas palabras por las cuales se trasluce en presencia de la muerte, el secreto contenido durante la vida. Este secreto, sin embargo, está siempre cubierto bajo el velo del misterio. La posteridad tiene derecho de entreverle, pero no tiene el de acusar. Roland, hombre estimable, pero de carácter melancólico, tenia las exigencias de la debilidad respecto á su hermosa compañera, sin tener el reconocimiento que era debido al gran sacrificio que ella se había impuesto para hacer la felicidad de aquel hombre á quien guardaba fidelidad, mas por respeto á sí misma, que por tenerle cariño. Ambos amaban una misma causa, ¡la de la libertad! El fanatismo de Roland era, sin embargo, frío como el orgullo, y el de su muger ardiente como el amor. Ella se sacrificaba todos los días por la gloria de su marido; él apenas parecia notar aquel sacrificio. Descúbrese en el corazón de aquella muger, que aunque lleva el yugo con altivez no deja por eso de pesarle. Cuando habla de Buzot lo hace con complacencia y como si hablase del ideal de una felicidad interior. Pintando á Buzot se espresa del modo siguiente. «Sensible, melancólico y contemplador apasionado de la naturaleza, parece criado para gozar y dar la felicidad. Este hombre olvidaria el resto del universo entre las dulzuras de las virtudes privadas. Capaz de arrojarse sublimes y de constantes afectos, el vulgo que tiene gusto en rebajar lo que no le es dado igualar, le acusa de visionario. De figura

dulce y de talle elegante, se advierten en su modo de vestir aquella pulcritud y aquella decencia que anuncian el respeto de sí mismo y el de los demás. Mientras que la hez de la nacion hace subir á los aduladores y corruptores del pueblo, mientras que los asesinos juran, beben y se cubren de harapos para fraternizar con el populacho, Buzot profesa la moral de Sócrates y conserva la urbanidad de Escipion. Por eso se arrasa su casa y se le destierra como á Aristides. ¡Me admiro de que no hayan deretado que se olvidase hasta su nombre! De este modo hablaba aquella muger en un rincón de su oscuro calabozo el día antes de su muerte, que sabida por Buzot mientras andaba errante y escondido en las grutas de San Emilio causó en él tal impresion que estuvo muchos días enteramente loco.

Danton, cuyo nombre empezaba entonces á elevarse sobre el comun del vulgo donde habia adquirido una celebridad harto mezquina hasta entonces, buscó tambien la intimidad de madama Roland. Todos se preguntaban ¿cuál era el secreto del ascendiente progresivo de aquel hombre? ¿de dónde salia? ¿qué era y á dónde se encaminaba? Hablábase mucho de su origen; de su primera aparicion en la escena popular y de sus primitivas relaciones con los personajes célebres de la época, buscando todo el mundo en el misterio la causa de su prodigiosa popularidad que consistia, sin embargo, principalmente en su naturaleza.

Danton no era únicamente uno de esos aventureros de la demagogia, que como Masaniello ó Hebert surgen de entre el hervor de las masas. Este habia nacido en la clase media y salia del corazón de la nacion. Su familia pura, honrada, propietaria é industrial, de antiguo apellido y

de buenas costumbres, estaba establecida en Arcis-Sur-Aube, en donde tenia una posesion inmediata al pueblo. Era esta familia de aquellas que si bien modestas, son muy consideradas, y que teniendo por base de su fortuna y por principal ocupacion el cultivo de los campos, dan, sin embargo, á sus hijos una completa educacion moral y literaria, con la que les preparan para las profesiones liberales de la sociedad. El padre de Danton habia muerto jóven, y su madre se habia casado en segundas nupcias con un sugeto del mismo pueblo que poseia y dirigia por sí una pequeña fábrica de tejidos. En esta, situada á orillas del rio fuera del pueblo, fué en donde Danton pasó sus primeros años. Su padrastro, llamado Mr. Ricordin, cuidó de su educacion, cual si hubiese sido hijo suyo. El niño era despejado, y aunque revoltoso y feo, era muy amado de su familia, tanto porque se descubria en él una gran inteligencia á través de su fealdad, como porque en medio de sus travesuras, una caricia de su madre, por insignificante que fuese, bastaba á contenerle y á hacerle arrepentirse de ellas. Hizo sus estudios en Troyes, capital de la Champaña, y aunque desaplicado ó insubordinado, era querido de sus maestros y de sus condiscipulos, porque su rápida comprension suplia en él á la aplicacion. Su instinto le hacia innecesario el reflexionar, y puede decirse de él, que sin aprender nada, lo adivinaba todo. Sus compañeros le llamaban Catilina, nombre que él aceptaba, y cuando jugaba con los demas á las sediciones y á los alborotos que él mismo suscitaba ó calmaba con sus arengas, parecia que estaba aprendiendo en la escuela los papeles que era llamado á desempeñar durante su vida.

Danton no se contentó con ser un simple ciudadano, sino que se hizo un nombre. En el año de 1789, cuando supo que el rey se habia retirado á Varennes, se levantó con otros muchos y se dirigió á París. Sus padres avanzados ya en edad le habian entregado los módicos bienes de su padre en cuanto habia con-

cluido su educacion. Dueño de su patrimonio, fué á París á acabar de estudiar leyes, y luego compró una plaza de abogado en el parlamento. Mirando con desprecio los enredos y sutilezas del foro, ejerció poco tiempo su profesion, y eso con eseaso lucimiento. Su alma y su palabra tenian las proporciones de las dos grandes causas del trono y del pueblo, comenzadas á agitar entonces por la Asamblea constituyente, y en las que Danton estaba impaciente por mezclarse. Buscándolo con afan, los hombres, cuyas palabras conmovian la Francia, se unió á Mirabeau, y estrechó relaciones con Camilo Desmoulins, Marat, Robespierre, Pétion, Brunet (que luego fué ministro), Fabre de Eglantine, el duque de Orleans, Lacroix, y finalmente con todos los agitadores ilustres ó subalternos que pululaban entonces en París. Pasaba el día en las tribunas de la Asamblea, en los paseos y en los cafés, y la noche en los clubs. Pronto se hizo notable por algunas ocurrencias felices, por algunas breves arengas, por alguno que otro rayo de luz misterioso y principalmente por su cabellera, semejante á la melena de un león, por su voz de trueno y por su estatura gigantesca. Pero bajo las cualidades meramente físicas del orador, los hombres de talento vieron en él un gran fondo de buen sentido, y un conocimiento instintivo del corazón humano. Bajo el agitador, presintieron el hombre político. En efecto, Danton leia continuamente la historia, se aplicaba á imitar á los oradores antiguos, y se ejercitaba en la verdadera elocuencia, que es la que ilustra apasionando, porque premeditaba que habia de desempeñar un papel muy superior al que estaba desempeñando. El no le pedia otra cosa al movimiento, sino que le levantase lo bastante para que él pudiera dominarle en seguida.

Casóse al cabo de poco con la hija de un botillero, que con su cariño fué apartándole poco á poco de la vida desordenada que habia tenido de soltero, logrando que

su conducta mejorase sensiblemente y estinguendo en él todas las pasiones, excepto la de la ambicion de un gran destino. Vivía Danton en un cuartito retirado y en una estudianta mediana, sin recibir en su casa, sino un corto número de amigos y admiradores de su talento y unidos á su fortuna. Los que asistian con mas frecuencia á aquella modesta habitacion, eran Camilo Desmoulins, Petion y Brune. De sus conciliábulos salia la señal para todas las grandes conmoeciones. El oro que prodigaba la corte secretamente para obtener los fines que se proponia, fué á tentar al gefe de la juventud revolucionaria, que no lo rehusó y supo hacerle servir para escitar y calmar á la vez las agitaciones de la opinion. De este matrimonio tuvo dos hijos que quedarón huérfanos casi en la cuna, y que en cuanto murió tomaron posesion de aquella módica herencia que consistia en la hacienda de que hemos hablado anteriormente. Estas dos hijos de Danton, asustados del ruido que ha metido su apellido, viven aun retirados en una casa de campo que cultivan por sus propias manos, reuniendo en sí, en una honrada y laboriosa oscuridad, toda la fama de su padre. Semejantes al hijo de Cromwell, han preferido vivir ignorados á brillar tan fatal y borrascosamente como habia vivido aquél, manteniéndose célibes para que su apellido concluya en ellos.

En la época de que ibamos hablando hace poco, Danton, á quien sus instintos ambiciosos revelaban el próximo cambio de fortuna de los girondinos, trataba de adherirse á este nuevo partido y de darle la impresion de su valor é importancia. Madama Roland lo acariciaba, pero con aquel temor y repugnancia con que se hace fiestas á un león.

XII.

En tanto que los girondinos avivaban la ira del pueblo, contra el rey, daban principio las hostilidades en

Belgica por unos reveses que aunque se achacaban á la corte, eran debidos á las tres causas que diremos: 1.^a la indecision de los generales que no supieron dar á sus tropas ese ímpetu que hace huir á las masas y que intimida á los que las resisten; 2.^a la desorganizacion de los ejércitos á quienes la emigracion habia arrebatado sus antiguos oficiales, y que todavia no tenían suficiente confianza en los nuevos; 3.^a y última, la indisciplina que los clubs y los jacobinos fomentaban en los cuerpos, y que es el elemento principal de las revoluciones. Un ejército que discute es igual á una mano que quisiere pensar.

La Fayette en vez de marchar desde luego sobre Namur, según disponia el plan de Dumouriez, perdió un tiempo precioso en reunir y organizar su ejército en Givet y en el campo de Ransenne. La Fayette en vez de dar á los demas generales, que estaban como él en primera linea, el ejemplo y la señal de la victoria ocupando á Namur, recorrió el pais con diez mil hombres dejando el resto de sus fuerzas acantonadas en Francia, y replegándose al saber las derrotas sufridas por Biron y por Teobaldo Dillon. Estas derrotas fueron vergonzosas para nuestras tropas, pero parciales y pasajeras, y deben achacarse á la sorpresa de un ejército no acostumbrado aun á la guerra, que se asustaba al tener que lidiar contra toda la Europa, pero que no tardó en hacerse aguerrido, como le sucede en campaña á todo soldado visono.

El duque de Lauzun segundo de La Fayette era conocido bajo el nombre del general Biron. Este cortesano jóven, hermoso y caballero se habia pasado con sinceridad al partido del pueblo, y dotado de aquella jovialidad intrépida que juega con la muerte, llevaba el honor aristocrático á las filas republicanas. Amado de los soldados, adorado de las mugeres, familiar en su trato en los campos, y cortesano galante, pertenecia á aquella escuela de vicios ruidosos, de que el mariscal de Riche-

lieu habia sido tipo en Francia en sus tiempos. No faltaba quien dijese que la reina, le habia amado, y que no habia podido fijar su inconstancia. Amigo del duque de Orleans y compañero de sus desórdenes, jamás se habia unido á él para conspirar, porque odiaba la perfidia y detestaba toda hajeza. Este personaje adoptaba la revolucion como una idea noble de la que queria ser soldado voluntario, pero nunca complice. No hizo traicion al rey y siempre conservó cierta compasiva ternura hacia la reina. Apasionado por la filosofia y por la libertad en vez de fomentar ambas cosas en las facciones las defendia en la guerra, trocando su adhesion á los reyes en una adhesion leal á la patria. Esta noble causa y las tristezas tragicas de la revolucion dieron á su alma un temple varonil y le hicieron combatir y morir con la conciencia de un héroe.

Hallábase acampado con diez mil hombres en Quievrain, desde cuyo punto se dirigió contra el general austriaco Beaulieu que ocupaba las alturas de Mons con un corto ejército. Dos regimientos de dragones que formaban la vanguardia de Biron, sobrecogidos de un terror pánico en cuanto descubrieron al enemigo, empezaron á dar el grito de traicion y por mas esfuerzos que hicieron los oficiales para contenerlos no pudieron impedir que volyesen grupas y que sembrasen el miedo y el desorden en todas las demas columnas. Todo el ejército se desbandó y siguió maquinalmente á los fugitivos. Biron y sus ayudantes de campo se lanzaron en medio de aquellos soldados por ver si podian detenerlos y hacer que volyesen á entrar en formacion, pero fueron atropellados y pisoteados por ellos, y aun les dispararon algunos tiros. La caja militar y el equipage del general, todo fué saqueado por los fugitivos.

Mientras esta derrata sin combate, cubria de humillacion al ejército francés en Quievrain al empezar las operaciones, otros nuevos asesinatos ensangrentaban nues-

tra bandera en Lila. El general Dillon habia salido de este punto con tres mil hombres, dirigiéndose sobre Tournay. A poca distancia de aquella ciudad el enemigo, aparece en la llanura en número de novecientos hombres. Sin mas que verle da nuestra caballeria el grito de traicion, atropella la infanteria y huye hasta Lila sin que nadie la persiguiese, dejando abandonada la artilleria, los carros y bagages. El mismo general envuelto en medio de los escuadrones llega á Lila y es asesinado inmediatamente por sus mismos soldados. El coronel de ingenieros Bertois cae al lado del general atravesado á bayonetazos por los mismos soldados cobardes que le habian abandonado. Los cadáveres de estas dos victimas del miedo son ahorcados en la plaza de armas, é insóltados por los sediciosos que se los entregan al populacho que arrastra sus mutilados cuerpos por las calles. Así empezaron por la vergüenza y el crimen aquellas guerras de la revolucion que debian producir por espacio de veinte años tanto heroismo y tantas virtudes militares. La anarquía habia penetrado en los cuerpos de donde el honor se habia marchado y á donde el patriotismo no habia llegado todavía. El orden y el honor son las dos necesidades de un ejército, y si bien una nacion existe aun en medio de la anarquía, los ejércitos perecen en cuanto se introduce en ellos la indisciplina y la insubordinacion.

XIII.

Todo Paris se consternó al saber esta noticia, la Asamblea se turbó, los girondinos temblaron y los jacobinos empezaron á vomitar imprecaciones contra los traidores. Las cortes estrangeras no dudaron ya que iban á triunfar, con solo hacer algunas marchas, de una

revolucion que tenia miedo de su sombra. La Fayette aunque intacto se retiró prudentemente sobre Givet. Rochambeau hizo dimision del mando del ejército del Norte, y el mariscal Luckner le reemplazó. La Fayette, aunque descontento al ver lo que acabamos de decir, permaneció, sin embargo, á la cabeza.

Tenia Luckner mas de sesenta años, pero conservaba el fuego y la actividad del guerrero, faltándole solo el genio para ser un gran general. Se le habia dado tal reputacion que no habia otra que se le igualase, en lo cual habia mas condescendencia que verdad. Para un general es una ventaja en cualquier pais el ser extranjero porque nadie le envidia, se le perdona su superioridad, y aun cuando no la tenga, se le supone, para perjudicar á sus rivales. Tal era el estado del anciano Luckner. Este hombre era aleman, discípulo de Federico el Grande, y como gefe de vanguardia se habia distinguido en la guerra de los siete años en la época en que Federico cambiaba el modo de hacerla creando su nueva táctica. El duque de Choiseul, quiso quitar á la Prusia un general de aquella grande escuela, para que enseñase el arte moderno de los combates á los generales franceses. En consecuencia habia arrancado á Luckner de su patria á fuerza de promesas, de bienes, y de honores. La Asamblea nacional, por respeto á la memoria del rey filósofo habia dejado á Luckner la pensión de sesenta mil francos que se le daba antes de la revolucion. Luckner, indiferente á las constituciones, se habia creído revolucionario por reconocimiento, y era casi el único de los antiguos oficiales generales que no hubiese emigrado. Rodeado de un brillante estado mayor de jóvenes oficiales del partido de la Fayette, entre los que se contaban Carlos Lameth, de Jarri y Mateo de Montmorency, creia buenamente que eran suyas las opiniones que aquellos trataban de infundirle. El rey le acariciaba, la Asamblea le adulaba y el ejército le tenia respeto. La nacion veia en él

el genio misterioso de la antigua guerra que venia á dar lecciones de victoria al patriotismo inesperto de la revolucion, ocultando infinitos recursos bajo la aspereza de su frente y el oscuro germanismo de su lengua. En todas partes se le tributaban homenajes como al dios desconocido. Ni merecia estos ni los ultrages de que mas tarde se le honó. Este hombre no era mas que un valiente soldado que estaba tan fuera de su centro en las córtes como en los clubs. Un cuanto tiempo fué el idolo del pueblo y de la córte, despues se convirtió en juguete de los jacobinos, que le llevaron finalmente al cadalso, sin que él mismo pudiese comprender, ni su popularidad ni su crimen.

XIV.

Berthier que fué luego el brazo derecho de Napoleon, era entonces gefe de estado mayor de Luckner. Este general habia concebido en fuerza del instinto de la guerra, el plan atrevido de Dumouriez, y á la cabeza de veinte y dos mil hombres habia penetrado en Courtray y en Menin, pueblos pertenecientes ya al Austria. Biron y Valence sus dos tenientes, le instaban á que permaneciese allí, y Dumouriez le decia lo mismo en sus cartas. Al llegar á Lila, supo Dumouriez que Luckner habia retrocedido de repente hácia Valenciennes despues de haber quemado los arrabales de Courtray, dando con esto en todas nuestras fronteras la señal de la indecision y de la retirada.

Las poblaciones belgas, comprimidas en su ímpetu por aquellos desastres ó por la timidez de la Francia, perdian la esperanza é iban doblándose bajo el yugo austriaco. En las fronteras iba creciendo la alarma y estrechándose todo cada vez mas. El general Montesquieu reunia á duras penas el ejército del Mediodia. El rey de